

perdonarse, aunque por otra parte merezca compasion, porque ya llega á ser lesion del juicio. Persuadirme yo á que no lo sé, y querer engañar á los demas con palabras oscuras y términos de pompa y ostentacion que nada dicen, es malicia, es soberbia, es ser engañador; por todo lo cual, en la cuestion presente, en que nada hallo que me satisfaga, digo claramente á Eugenio que no lo sé. Vamos á otro punto.

§ VI.

De las potencias del alma, memoria, entendimiento y voluntad.

SILV.— Ese sistema es mas descansado y mas cómodo.

EUG.— Y mas estimable en todo sentido; porque él que como yo va á consultar es para salir de la ignorancia, y entrar en la ciencia. Si yo despues de oir mucha doctrina he de quedar ó ignorando ó errando, que es peor, escuso de tomarme el trabajo de aprender.

TEOD.— Amigo Eugenio, si los hombres tuviesen la resolucion de no querer saber sino lo que se puede saber, adelantarian mas en la conquista literaria, porque les quedaria mas tiempo y mas aplicacion para las otras cosas, que con efecto pueden saberse. Esto ahora me vale para tratar bien á la ligera varias cuestiones que hay acerca de nuestra alma, de la cual quanto mas se cuestiona menos se sabe.

EUG.— Pero á lo menos me direis qué idea debo hacer de las tres potencias del alma.

TEOD.— Son tres ocupaciones que tiene la misma alma, ó como tres oficios que tiene este mismo hombre. Cuando conoce, es *entendimiento*: cuando vuelve á conocer lo que ya conoció, se llama *memoria*: cuando ama ó aborrece, desea ó teme, etc., se llama *voluntad*.

EUG.— Pues yo estaba en la idea de que las tres potencias del alma eran como los diversos sentidos del cuerpo, en el cual los ojos que ven son totalmente diversos de los oidos que oyen, y de la nariz que huele, etc.

SILV.— El caso es que vos pensais bien, y así lo dice mucha gente buena,

TEOD.— Y vos, amigo mio, ¿sentais que la gente buena tiene privilegio para no errar? Dejaos, amigo Eugenio, de sacar investigaciones de las calidades de los autores que dicen esto y aquello. Examinad las razones en que se fundan. Y para responder al punto digo: que la misma alma que conoce la conveniencia de un objeto, es la que le desea y le busca, etc. Si fuese cosa diversa la parte que conoce y la parte que desea, seria preciso que la voluntad supiese lo que el entendimiento conocia para gobernarse, porque la voluntad busca ó desea el objeto porque le conviene; luego era preciso que la voluntad conociese aquello que la conviene. Ahora bien, si la voluntad es cosa diversa del entendimiento, no podremos decir que la voluntad conoce; pues el conocer no es su oficio sino del entendimiento. Yo digo que el entendimiento y la volun-

tad todo es la misma alma; y cuando esta conoce, se llama *entendimiento*; cuando desea, se llama *voluntad*.

SILV. — ¿Mas qué respondeis á la comparacion de los ojos y de los oídos, etc.? Esos son órganos bien diversos, y allá se entienden entre sí; porque cuando se llaman, vuelvo la cabeza, y veo quien me llama. Aquí veis que oídos y ojos, aun siendo cosas muy diversas, allá se entienden y ayudan mutuamente.

TEOD. — Amigo Silvio, ¡tan presto os olvidasteis de lo que enseñé á Eugenio! Lo que ve verdaderamente, esto es, lo que conoce el objeto visible, no son los ojos, es el alma sirviéndose de los ojos. Lo que oye, esto es, lo que conoce el objeto sonoro, no son los oídos, sino el alma sirviéndose de los oídos; de forma que el alma que ve es la misma que oye, etc., aunque sean diversos los canales de su percepcion, tanto como los colores y el sonido. Así como el mismo hombre en su casa es el que recibe las cartas de varios correspondientes para hacer su comercio.

SILV. — Está bien. En cuanto á eso no porfiemos; pero lo que yo quisiera que esplicaseis á Eugenio es el modo con que nuestra alma entiende.

TEOD. — Esplicádselo vos, que si os entendiese me ahorrareis el trabajo. Decidle, pues, como se forma nuestro acto de inteligencia.

SILV. — Lo que me enseñaron en las escuelas de Aristóteles es esto. Nuestra imaginacion produce un *fantasma* ó *apariencia*, que es una imagen material que representa al objeto. Este fantasma jun-

to con el entendimiento produce una *especie impresa*; y esta, que ya es cosa espiritual, produce la inteligencia que es *especie espresa*. Ved aquí lo que me enseñaron: y si me entendéis, es lo que me basta.

EUG. — Yo no puedo aprender griego, y creo que habeis hablado en esa lengua, porque nada entendí. No sé qué cosas son *fantasmas*, *especies impresas*, *especies espresas*.

TEOD. — No os dé pena el no saberlo; porque todo eso quiere decir, que cuando mirais hácia aquel coche conoceis que allí está el coche.

EUG. — Eso lo sabia vuestro carretero cuando tenia menos de siete años.

SILV. — Está bien; pues esplicadlo vos, Teodosio.

TEOD. — No lo sé esplicar; y si quisiera esplicarlo sé que lo habia de embrollar.

SILV. — Alabo la humildad, ó tal vez la pereza. ¿No me direis como embrollais una cosa cuando la quereis desembrollar?

TEOD. — Os repondo. ¿No habeis leído la comedia de Moliere intitulada *El caballero de un lugar*? En ella se introduce un hombre criado en el campo, que toma maestros para todo, y uno que le quiere enseñar la ortografía empieza desde los primeros elementos de las letras, y le hace una larga explicacion de como se pronuncia cada letra de por sí, de forma que el discípulo queda aturdido para percibir cómo se pronuncia una *A* ó una *B*, etc., porque tales inflexiones de la lengua dice que son necesarias para esta letra, y tales aspiraciones del viento

con tales circunstancias, que en un año no sabría pronunciar metódicamente una *B*, y el autor de la comedia no sabía anatomía ni física para ponerle lo que era preciso de contracción en los músculos del pecho para apretar los pulmones, y hacer salir el aire por la garganta; y además de esto como era preciso poner en cierta disposición los dos labios de la *glotis* ó *campanilla* (que ya os expliqué en la anatomía) para que estos tremulando hiciesen sonido, etc. Si quisiera, amigo mio, explicar teóricamente todo lo que es preciso para la pronunciación de cualquier consonante, no se sabría pronunciar una palabra en un año; y no obstante el mismo discípulo, argumentando con su maestro, pronunciaba tan bien como él las palabras de la disputa, bien que siempre se aturdió en la pronunciación de la lección que le daba. Con que, Silvio mio, tenemos en la cuestión presente el caso del caballero de lugar. Cualquiera niña, una lavandera sabe que cuando ve agua en el río allí está el agua, y cuando ve la piedra que allí está la piedra; y ni vos ni yo sabemos de eso más, aunque más hablemos.

SILV.— Acá llevo esa lección.

TEOD.— Eugenio, la inteligencia del alma es lo que vos sentís cuando conocéis cualquier cosa. Estas cosas más bien se saben por la propia sensación que por explicación ajena; y vamos á otra cosa. Lo mismo digo de la voluntad.

EUG.— Mas decidme, esta facilidad ó dificultad que tenemos de entender una cosa, ó la propensión á quererla, ¿de donde nos viene esto?

TEOD.— Y ¿de donde viene, Eugenio mio, la facilidad ó dificultad de ver y de oír?

EUG.— De estar los órganos de estos sentidos más ó menos desembarazados ó espeditos.

TEOD.— Lo mismo digo del entendimiento y de la voluntad; pero con esta diferencia, que los órganos que sirven para la inteligencia ó deseos, etc., no son del alma, son del cerebro ó de otra parte corpórea, en donde el alma está para no poder formar sus actos espirituales, sin que la imaginación y el cerebro formen los suyos corporales como enseñé en la lógica; y de estos órganos corporales, á cuyos movimientos precisamente acompañan los actos espirituales del alma, proceden la facilidad de la inteligencia ó la repugnancia, y los hábitos ó propensiones, como ya os dije esta misma tarde.

EUG.— Ahora me acuerdo.

TEOD.— Lo que os encomiendo sobremanera, Eugenio, es que distingais bien la obra de la imaginación que es corpórea, de la obra del entendimiento que es espiritual. Traed á la memoria lo que entonces os dije. Y también os dije entonces lo que se sabe sobre el modo de formar las ideas, y si las tenemos de las cosas espirituales, etc. Como ya os hablé despacio en ese punto, é hicisteis vuestros apuntamientos cuando traté de la lógica, es escusado repetir. Esto es lo que ocurre, Eugenio, que pueda interesar para vuestra instrucción: lo demás que algunos tratan no merece el trabajo de la disputa, ni es cosa que dé luz para no caminar sin ella. Los puntos que aquí faltan y son esenciales, v. g. la inmortalidad del alma, su espiritualidad, nues-

tra libertad, etc., no son puntos en que Silvio dude, ni tenemos diferente modo de pensar. Ya os haré ver esos puntos disputados contra los enemigos de nuestra santa religion, y esa disputa viva os puede interesar mas. Por ahora demos por acabada la psicología.

SILV. — ¿Con que vos, no teniéndome por contrario, no gustais de instruir á Eugenio? ¿Sois amigo de pendencias?

TEOD. — Si todos dicen lo mismo queda la doctrina insulsa. Un tratado científico es bueno para las aulas, ó para quien estudia en ellas; mas para la instruccion de Eugenio es precisa alguna sal, que al mismo tiempo le sirva de instruccion y de recreacion, y para eso conduce la disputa entre amigos que piensen de diferente modo.

EUG. — Pues siendo así vamos á divertirnos con el juego, que la noche larga nos convida.

TEOD. — Solo me falta deciros que ahora debieramos explicar otras partes de la pneumatología, y tambien de la metafísica; una que trata de los ángeles buenos y malos, y otra que trata de Dios, porque todo es espíritu. Pero no quiero tratar yo esto con vosotros por el modo con que se enseñan otras materias: no trato de los ángeles, porque la razon natural por sí sabe poco ó nada de estos; y de Dios (que es el que pertenece á la teología natural) trato largamente en las disputas que tuve con los incrédulos cuando vivía en medio de ellos. A vos, Eugenio, os daré una copia de estos diálogos, á los que intitulé *Armonía de la razon y de la religion*, y de este modo quedará completa la instruc-

cion que me pedisteis en punto de filosofía. Ahí tenéis todos los conocimientos que me propuse daros desde el momento en que me lisonjasteis mostrándome deseos de que yo fuese preceptor vuestro. Yo he dicho todo lo que he podido para ensanchar vuestra educacion y ponerla al nivel de los conocimientos actuales.

EUG. — Mas de lo que podiais habeis hecho Teodosio, y sobre todo mas de lo que yo merezca: y os quedo tan altamente agradecido que nunca sabré como pagaros tamaño favor.

TEOD. — No ambiciono otra recompensa, amigo mio, que vuestro afecto y amistad, ni otro favor que una sincera indulgencia por los errores en que haya caído y los defectos de mi método.

SILV. — Basta de cumplidos y vámonos á divertirnos: hagamos lo de Esopo: aflojemos el arco despues de haberlo puesto tirante.